

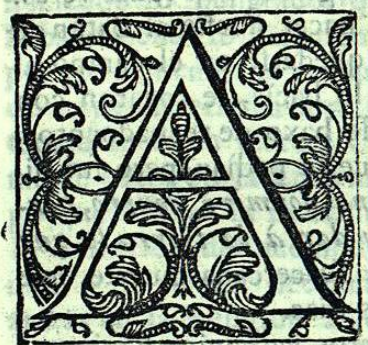
LIBRO



LIBRO CUARTO
DE LA VIDA PRODIGIOSA
DEL VENERABLE SIERVO DE DIOS
F. SEBASTIAN DE APARICIO
RELIGIOSO LEGO DE LA REGULAR
Observancia de N. S. P. S. Francisco.

CAPITULO I.

Despidese Aparicio de algunos devotos suyos, á quienes dá noticia de su última enfermedad, y cercana muerte.



ASEGURADO FINAL-
mente Sebastian por parte
del Altísimo del dia, y ho-
ra, en que se le levantasse
su destierro, no cabiendole
el gozo en el pecho, quiso
comunicar la noticia de
aquella su suspirada felici-
dad á los estraños. La pri-
mera, que desfrutò tanto
favor, fuè Doña Catharina Perez, Señora mui devo-
ta, y afectíssima del Venerable. Haviendo llegado
éste á su Casa, la saludò, y con los ojos anegados

Y en

en lágrimas, le hizo una fervorosísima exhortación en orden à la perseverancia en el servicio santo de Dios. Y preguntándole aquella à vista de la no acostumbrada demostración, ¿si le molestaba algún grave accidente? le respondió: *Ninguna aflicción tengo; sino que me vengo à despedir de vos, porque ya Dios me quiere llevar.* Quedò la buena Señora entre afligida, y consolada con la noticia; pues al tiempo que perdía en la tierra un Angel Tutelar, le dictaba su piedad, que se adquiriría en el Cielo un poderoso Intercessor.

Retirándose ya con la seguridad dicha à la Enfermería, visitò de passo à una Parienta de su primera Muger; y despidiéndose de ella con demostraciones de alegría, le dixo: *Que se quedasse con Dios, que ya su Divina Magestad le quería llevar à descansar, y que ya no lo vería mas.* Ella le suplicò la encomendasse à Dios, y prometiéndole hacerlo el Venerable, le diò muchos consejos, dirigidos todos à que sirviessè à su Magestad con todas veras.

Habiendo llegado à hacer noche al Batàn de Juan Carrillo; y queriendo quedarse en el campo al descubierto, como siempre lo hacia, le rogaron con mucha instancia se recogiesse baxo de techado: otorgòles, por consolarlos, lo que le pedian; pero fuè diciéndoles: *Sea en hora buena dormirè dentro, porque ya querèmos acabar, y dar à la tierra lo que es suyo:* prophetizando allí su cercana muerte, que se verificò dentro de breves dias.

A estos, y otros claros vaticinios siguiò una grandísima debilidad de estómago, acompañada de violentísimos, y repetidos vómitos, con los que se le aumentaron tambien los dolores habituales de las

las roturas; señales todas, que le indicaban le aceleraba Dios el tránsito de esta vida por medio de su mortal enfermedad. Herido de la qual en el Monte de Tlaxcala, se retirò al Convento de la Puebla, dirigiéndole en el su afecto à un Portalillo de la Huerta, desde donde mirando al Cielo, tenía intencion de acabar su trabajosa vida.

Pero noticioso el Guardian de lo agravado que se hallaba, lo precisò por medio de la obediencia à que se dexasse conducir en brazos de sus Hermanos à la Enfermería. Hizolo assi; mas al entrar en ella, suplicò por amor de Dios al Prelado, le dexassen en el tránsito, que està al passo del Dormitorio de los enfermos; y habiendo condescendido con su súplica, passò toda la noche en un rincón de èl, combatido de sus males, que por instantes se le iban agravando; pero con el alivio de estar mirando al Cielo.

A la mañana siguiente vino el Médico, y conociendo lo peligrado, que se hallaba el Siervo de Dios, ordenò lo passassen à mas acomodado lugar, porque à menos no trataría de su curación: en vista de cuya determinación lo pusieron de orden del Guardian en la tercera Celda à mano izquierda como se entra en la Enfermería; donde tuvo desde luego que tolerar la mortificación de verse tratado con la distinción del acomodo de una Celda con cama alta, y la demás decencia, con que se acostumbra tratar en la Religión à los enfermos: llegando esto tan à lo vivo à su humildad, que disimulando con la mayor serenidad los dolores, que le causaban sus demás accidentes, no pudo menos, que expresar al Compañero, que le assistía, la aflicción de ver, que

le tratassen de aquel modo: *¿Que os parece, le dixo, como no me quieren dexar donde tengo consuelo?*

Mantuvo alli cinco dias, que le durò la enfermedad, en que fueron gravísimos, y vehementes los dolores; pero lexos de dar ni la mas leve señal de turbacion, los consolaba à todos con dulcíssimas palabras, y profundas sentencias, algunas de las quales dexamos referidas, segun que lo ha ofrecido la oportunidad.

CAPITULO II.

De la preciosa muerte del Siervo de Dios

Aparicio.



IN alteracion de aquella paz interior, que indicaba la dulzura del trato de Sebastian, llegó el Miercoles veinte y tres de Febrero, en que conociendo los Religiosos se le agravaban por instantes sus accidentes, le suplicaron les diesse algun aviso anticipado de su muerte, à fin de que estuviesse prevenida la Comunidad para cantarle el Credo, à que respondió con mucha alegría: *No es menester, porque passado mañana tengo de caminar, y no será necesario llamar à nadie.*

Amaneció finalmente el Viernes veinte y cinco;

cinco; y considerando, que à causa de los continuos vómitos, que padecía, no le era permitido recibir el Santíssimo Viático, por el que anhelaba con la mas santa impaciencia su devocion, suplicò, que à lo menos se lo traxessen à la Celda para tener el consuelo de adorarlo. Apenas se viò en la presencia de Christo Sacramentado, quando superando su espíritu la debilidad, à que tenía reducido su cuerpo la enfermedad, baxandose del lecho, se puso de rodillas, desahogando el incendio de su abrasado pecho con ardentísimos suspiros, y dulcíssimas lágrimas, acompañadas de la mas afectuosa accion de gracias à la infinita beneficencia, y dignacion de aquel Señor, por cuya clara vista vivia ya de lo mas impaciente su charidad.

Augmentò notablemente su alegría el haver recibido la Extrema-Uncion; prosiguiendo en su interior recogimiento el continuo exercicio de fervorísimos actos de fé, esperanza, y charidad; en medio de los quales, oyendo, que le decian los Religiosos: *Aparicio: sursum corda;* aunque con voz debilitada, y no mui bien concertado Latin, les respondia con alegría grande de su espíritu: *Habemus ad Dominum.*

A la siete de la noche (bien que no le faltasse la viveza de los sentidos) conociò, que se acercaba à toda prissa su última hora; y preguntandole despues el Guardian, si era ya tiempo de que le cantassen el Credo; respondió: *Cántelo en hora buena.* Dicho lo qual, sin que precediesse otro algun aviso, ni el de tocar à Comunidad, como es costumbre en semejantes ocasiones, se juntò aquella, segun el Venerable lo havia predicho. Comenzaron à cantarlo,

y

y el Siervo de Dios à decirlo en romance; y havien- do concludido aquellos antes que éste, y entonado otro segundo, al decir las últimas palabras de este artículo: *Et incarnatus est de Spiritu Sancto ex Maria Virgine, & homo factus est*, pronunciando el Dulcísimo Nombre de JESUS, entregò el espíritu en manos de su Criador el ya citado Viernes veinte y cinco de Febrero del año del Señor de mil y seis- cientos.

En aquel mismo instante, en que espirò, se hallaron poseídos de un tan extraordinario júbilo los Religiosos, que no acertaban à entonar el responso, que es regular. La dichosísima Celda, en que murió, toda la Enfermería, y gran parte del Con- vento se llenaron de una irregular fragancia, que durò (especialmente en la dicha Celda) por mas de treinta dias. No es ponderable la codicia santa, con que empezaron à despojarla de aquellas pocas, y pobres alhajas, de que havia usado el Venerable; adelantandose la devocion de algunos à cortarle las uñas, y los cabellos: y à no haverse interpuesto la autoridad, y respeto de la obediencia, aun corría peligro de ser despedazado su mismo cuerpo.

Desde el punto, en que murió, se dexò ver su rostro apacible, hermoso, y alegre, y tan encen- dido, que parecia no solo estar vivo, sino el mismo simulacro de la robustez, y la salud. Con haver vi- vido expuesto continuamente à las inclemencias de las estaciones, macerado de la austeridad, y de la iné- dia, y hecho un vivo exemplar de la penitencia mas sevèra, aun en su misma edad decrépita, quedaron sus carnes blancas, y tan tratables, que se assemeja- ban à las de un tierno niño: conservando aquella dulce

dulcè magestad, hasta el dia en que lo enterraron, se- gun la deposicion de mas de cien testigos; entre los quales uno de toda excepcion por su singular pruden- cia, y literatura (el R. P. Fr. Pedro de Castañeda, Guardian que entonces era del mismo Convento) testificò, con toda la solemnidad del Juramento, que en todos los quatro dias, que tardò en sepultarse, se mantuvo caliente.

Era cosa admirable ver aquella numerosa Co- munidad toda ocupada en hacerle piadosas súplicas, postrandose à porfia sus Religiosos con muchas lá- grymas à besarle aquellos hermosos pies, que havien- do sido en vida un continuo depósito de llagas, los encontraban mas suaves, y tratables que la seda. Ocurrieron à él los enfermos à pedirle salud, los affi- gidos consuelo, fortaleza los pusilánimes, los peca- dores les alcanzasse el perdon de sus culpas, y to- dos la gracia, con que servir à Dios, de quien supo- nia la comun piedad estaba gozando; acompañando sus súplicas con los gloriosos renombres de Beato, y Santo: ocupandose al mismo tiempo que expressaban sus votos, y su concepto en adornar, assi el cuerpo, como el féretro con diversidad de flores, de que te- xieron à su cabeza una guirnalda, y matizaron una palma, que ocupaba su siniestra mano, en señal de los prodigiosos triumphos conseguidos contra sus mas poderosos enemigos.

No fueron solos los Religiosos los que logra- ron de aquellos consuelos; estendieronse tambien al figlo, donde al oír el sonido de las campanas se lle- naron de una imponderable alegría los corazones de todos los Ciudadanos de la Puebla; bien que igno- rando por entonces la causa; à reserva de la Sierva de

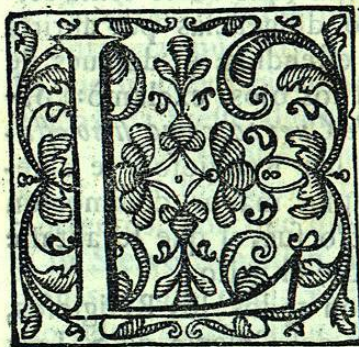
de Dios Juana de Cifuentes, que estando en el secreto de su Oratorio hablando con su Magestad en la contemplacion al tiempo que espirò el Venerable, sin poder contener la abundancia del gozo de que se llenò su espíritu, prorrumpiò en alta voz: *Bienaventurada la alma, que ahora sale del cuerpo, pues se ha ido à gozar de Dios.* Los domésticos, que la oyeron, acudieron al dicho lugar, y al encontrarla llena de lágrymas, sobre la novedad del clamor antecedente, le preguntaron el motivo; mas ella profiguiò expressandose en estas palabras: *Libre de embidia, pues goza ya la gloria esta alma por quien doblan, dexando en San Francisco el rico thesoro de su cuerpo.*



CAPI-

CAPITULO III.

De las maravillas, que obró Dios en el Cuerpo del Venerable Aparicio, antes que se le diessse sepultura.



LEGADA la mañana del Sábado veinte y seis, habiendo baxado el cuerpo à la Capilla mayor, y concluido el Oficio, y Missa de cuerpo presente, comenzò à ocurrir el Pueblo en tanta multitud, y con tales demostraciones de devocion àcia el Santo Cá-

daver, que dentro de mui poco tiempo fuè necesario se le vistiessen quatro, ò cinco Hábitos, por no serle possible à los Religiosos resistir la violencia de los que se llegaban (luego que era preciso cubrirle de nuevo) à desnudarle.

Augmentaba el assombro, y con èl la veneracion de los concurrentes, el ver, que para haver de vestirle los dichos Hábitos, lo sentaban, y movian con la misma facilidad, que à un cuerpo vivo. Los Religiosos, que advirtieron el incremento, que por instantes tomaba la devocion, y los excessos, que se debian temer, si passaba los limites de discreta, trataron de darle luego sepultura; para lo qual, sacandole de las Andas, lo pusieron sobre la tierra. Pero

Z

eran